

Muerte en el Cortijo de los Barrancos

Francisco Ruiz Sánchez.

Los Barrancos es un paraje inhóspito que queda al este de Solera. Domina el paisaje grandes barranqueras formadas por las impetuosas aguas de las tormentas que nada deja, y que sí se lleva la poca tierra fértil que hasta hace pocas décadas aún se sembraba. En estas tierras, ahora incultas, se asienta el cortijo Los Barrancos Bajos, del que sólo queda algunas piedras en pie.



Los Barrancos Bajos

El tiempo, actuando como juez justiciero, está borrando toda huella humana de esta tierra que tan poco ha ofrecido a sus moradores. Una tierra dura, pedregosa, quemada por el sol y apenas regadas por el agua. Los Barrancos Bajos, en definitiva, ofrece el escenario perfecto para situar la escena lorquiana de tragedia y muerte que un vecino de Solera me cuenta al visitar el cortijo de sus antepasados.

Me cuenta Estanislao que un bisabuelo suyo, del que no recuerda su nombre, vivió en este cortijo. Lo tuvo arrendado y allí nacieron sus tres primeros hijos. En un aciago día, el más pequeño, con unos ocho años, murió. Sus padres, inmersos en la tristeza, se dispusieron a llevarlo hasta Solera para darle cristiana sepultura. El viaje era largo y los otros dos niños se quedaron al cargo de la abuela. A la vuelta, se los encontraron amortajados. Cuanta tristeza, cuanto llanto deben aún esconderse entre las ruinas del cortijo.

Pero la vida debía de continuar y los padres, en vez de quejarse al cielo, elevaron hasta allí sus oraciones pidiendo la llegada de nuevos hijos, prometiendo ponerles el nombre del santo del día en el que nacieran. Estos santos, estas santas, serían los encargados de velar por las nuevas vidas. Así nacieron Estanislao, abuelo de mi confidente, Isabel y Juan de Mata.



Estanislao Rodríguez Valenzuela

Esta pequeña narración en la frontera entre historia y leyenda me impresionó, tanto que me prometí saber hasta cuanto había de verdad en ella.

Tras consultar el Registro Civil de Solera he podido saber que el bisabuelo de mi narrador se llamaba Juan Zacarías Rodríguez Raya, nacido en Solera en 1847. En el 1872 se casa con Ana Valenzuela Vico, también de Solera, donde nació en el 1849.

Juan Zacarías estuvo trabajando con su padre en el cortijo El Jaral, también de aquellos contornos, pero de mejores tierras. Al poco de casarse quiso independizarse y labrarse una vida nueva, lo que le llevó a arrendar Los Barrancos Bajos. En 1873 nace en este cortijo su primera hija, María Josefa. Es la niña a la que llevan a enterrar a Solera. Muere el 18 de septiembre de 1881 con siete años de “garrotillo”. Así aparece como causa de muerte en su inscripción de defunción.

Como “garrotillo” se conocía popularmente a la difteria, una enfermedad de origen bacteriano que se caracteriza por la inflamación de las mucosas respiratorias de tal forma que produce asfixia. En España se le dio este nombre a causa del aspecto vultuoso que tomaba la cara de los enfermos y que era similar a aquella que le quedaba a los que habían sido ejecutados a “garrote vil”. García Real, en su “Historia de la Medicina en España” de 1921, describe de la siguiente forma la enfermedad:

“...cuya causa dependía de una sustancia crasa y compacta a medida de la membrana que afectaba el tragadero, la garganta y las fauces, como si fuera un lazo, de tal suerte que las partes necesariamente llegan a juntarse, del mismo modo que se le tuerce al cuello con una soga.”

La difteria es una enfermedad contagiosa mediante contacto de las diferentes secreciones del cuerpo humano: saliva, lágrimas, mucosidades..., y que afecta con más intensidad a los niños y a las personas mayores. En España se ha sufrido importantes epidemias a lo largo de su historia, entre las que destaca la que existió entre 1879 y 1885, años en los que se centra nuestra trágica historia.

Y trágica por que pocos días más tarde mueren del mismo mal los otros dos hijos de Juan Zacarías y Ana. El 11 de octubre muere Catalina, de seis años de edad, y dos días después Pedro Manuel, con un año y medio. Pero el cielo oye las súplicas de estos padres desconsolados y el 7 de mayo de 1882 nace Estanislao; el 15 de febrero de 1884 nace Isabel y el 8 de febrero de 1886 nace Juan de Mata. Sus nombres son los de los santos del día de su nacimiento, quienes velaron, esta vez sí, sus largas vidas¹.

Vemos que los acontecimientos narrados por Estanislao, y transmitidos de manera oral de padres a hijos, han sido condimentados con ciertos aspectos trágicos, tales como que a la vuelta de un entierro se encontraron a los otros hijos muertos, pero la base es real. Incluso puede ser cierto este detalle y que Juan Zacarías y su esposa aprovecharon el viaje y se quedaron unos días en Solera para realizar trabajos en el campo, encontrándose de nuevo con la tragedia a la vuelta a su hogar.

Huelma a veintinueve de junio del 2012.

¹ Según el Santoral católico, el 7 de mayo es el día de San Estanislao de Crocavia, obispo y martir, y el 8 de febrero el día de Juan de Mata, presbítero. No he podido hallar esta coincidencia con el nacimiento de Isabel el 15 de febrero.